

Juan Ponte, *El capitalismo no existe: necroteología del mercado*

Gijón, Trea, 2024, 330 pp.

Pelayo Pérez

Provocador, demasiado inteligente, este marxista declarado no puede dejar de ser el filósofo que lleva dentro. Y esto es lo que salva su ensayo del panfleto, de la mera denuncia de un estado de cosas ciertamente preocupante.

La tesis sobre el libre mercado y su imposibilidad salvo que se ampare en un Estado posibilitador sería suficiente para quienes seguimos hace tiempo no solo los estudios de Gustavo Bueno, donde ambos bebimos nuestras aguas bautismales. Pero es que Ponte nos lleva de nuevo hacia Balibar, Rancière o el rutilante Carlos Marx del primer tomo de *El capital*, pues ahí está aún vigente el núcleo lancinante de nuestra situación: la fuerza del trabajo, la mercancía, los medios de producción... ¿cómo se aúnan estos términos para crear el libre mercado si no es amparándose en un Estado fuerte que sustente las debilidades del mismo? Nos encontramos ante lo que Richir, autor estudiado y citado por Juan Ponte, llamaría una «tautología simbólica». Y esta tautología es a la que el filósofo Juan Ponte se enfrentará a través de las trescientas páginas de su exhaustivo ensayo de filosofía política. Un libro necesario y raro, pues lo que hoy día prevalece es la hojarasca y la culposa vacuidad, que en estas páginas se barren y dejan ver la soledad luminosa del pensamiento fuerte y comprometido. Solo por esto merece la pena adentrarse en el curso demoledor del pensamiento dialéctico y brillante que Ponte nos expone como pocas veces tenemos la suerte de encontrarnos

Adam Smith nos dejó dicho que tras el mercado había una mano invisible, volverla visible es uno de los fines mayores del ensayo de Ponte. Así, tras un *regressus* en el que analiza las propuestas de decenas de pensadores que se enfrentaron a la formación del propio Estado o del capitalismo en su gestación, nos recuerda cómo la propiedad

Juan Ponte

El capitalismo no existe**Necroteología del mercado**

«El deseo de un capitalista puede consistir en bucear en una montaña de dinero, emulando al Tío Gilito, alcanzar el éxito o retener avariciosamente sus riquezas en un cofre o en una caja fuerte, como si fuera un estreñido. Pero el *finis operantis*, el contumaz deseo de cada capitalista, no tiene por qué coincidir con el *finis operis*, el funcionamiento del capitalismo en marcha. Es que, de hecho, no suelen coincidir. Y es precisamente este desajuste el que se pretende obtener con la fantasmagoría *laissezfairista* de la mano invisible.»

TREA

ENSAYOS

313

privada surge en la época colonial, donde los esclavos eran considerados como propios por los colonos y cómo las leyes se avinieron a proteger esta «propiedad»... todo el recorrido histórico-conceptual se fue fraguando en aras de esa defensa de los propietarios de seres humanos, de tierras, de mercancías...

Ahora bien, ¿dónde nos encontramos en nuestros días donde Ponte nos dice que el capitalismo no existe? Y si esto es así, ¿qué existe, qué lo sustituye? ¿Existe un caos, cuyo atractor, siguiendo a Urbina, autor tan caro a Ponte, sería esta nueva «teología» de las almas bellas, del individuo emprendedor, capaz por su sola voluntad de superar las heridas de ese monstruo que vampiriza nuestras fuerzas, nuestros deseos y donde las nuevas «tecnologías del silencio» enmascaran la «dividualización» corrosiva de la sociedad y el aislamiento tras las pantallas y la soledad de los cuerpos?

Ponte toca todos estos puntos, abre nuestras heridas, deja al descubierto dónde sigue estando el Otro que nos socava, debilita, engaña y, de este modo, se perpetúa más allá de su inexistencia, mientras una izquierda exquisita y sin rumbo, ciega, cae en los delirios de la autocomplacencia y el seguidismo del Estado.

Podríamos describir este potente, magnífico ensayo de otro modo, claro está. Pero queremos escribir esta reseña desde el afecto que nos causó la lectura de semejante y necesario libro. Otros, más clásicos, más dialécticos, lo harán por mí, pero mi aprecio por Juan Ponte me pide este reconocimiento agradecido, este sobrevuelo, en el mejor sentido de la palabra, sobre las crestas de su oleaje indesmayable.

E la nave va.